

NICOLÁS CASARIEGO, *Héroes y antihéroes en la literatura*. Madrid: Grupo Anaya. 2000.

Hasta mediados de los ochenta los mitos no habían despertado mucho interés, esencialmente por su falta de objetividad y su carácter fantástico, pero hoy en día las perspectivas desde las que los contemplamos han cambiado y nos resultan especialmente atractivos y enriquecedores. Y todo ello porque el mito surge como una forma de tratar de imaginar cómo ocurrió algo y, a partir de ella, intentar justificar el presente en el que uno está viviendo, lo que lo convierte, en definitiva, en una forma de considerar la vida y en un instrumento para conservar, definir y comenzar el análisis del mundo en el que vivimos. Al mismo tiempo, el mito nos muestra las distintas formas de ver la realidad. Así, por ejemplo, mientras que los presocráticos buscaban la verdad efímera, filosófica, científica y la que podemos entender, autores como Shakespeare y Calderón utilizan el mito como una forma de escapar de la vida cotidiana. Y, también, vemos que en Atenas el mito (reflejado en la tragedia) busca representar de la mejor forma posible un carácter o forma de ser.

Al mundo heroico nos asoma Nicolás Casariego en su contribución *Héroes y antihéroes en la literatura*, que fundamentalmente nos enseña dos cosas. En primer lugar, nos muestra los resultados que se obtienen cuando un espíritu curioso le pierde el miedo a los clásicos, se atreve a leerlos libre de prejuicios y disfruta de una opinión personal, siguiendo la conocida posición de Calvino. Y, en segundo lugar, aporta un poco de luz sobre los conceptos de héroe y antihéroe, para lo cual se vale, como ilustración y estructura de su discurso, de dos grandes personajes épicos como son Héctor y el Cid, junto a los que coloca, entresacados de las criaturas literarias del siglo XIX, a otros dos cualificados antihéroes, como son Henry Fleming, protagonista de la novela *Red Badge of Courage* de Stephen Crane, y Bartleby, el escribiente de Herman Melville. Las primeras precisiones conceptuales vienen en la introducción de la obra, donde vemos que para Casariego héroe, por extensión, es «cualquier personaje principal de una obra literaria» (8), pero pronto pasa a establecer la diferencia entre héroe y antihéroe.

Además, nos sitúa brevemente en la antigüedad —aedos y rapsodas— y en la necesidad que sintieron distintas civilizaciones de glorificar a sus héroes y príncipes, profetas, fundadores de dinastías, imperios o ciudades, a través de leyendas o relatos poéticos (8), visión panorámica que nos permite resaltar la importancia de los mitos y advertir la gran utilidad que hoy tienen para nosotros. En palabras del propio Casariego: «Y no puede dejar de impresionarnos pensar que tanto la literatura como el arte de los países civilizados beben todavía de los mitos y leyendas nacidos en la civilización griega, de esas mismas historias que cantaban los aedos helenos» (14).

Tras un breve comentario histórico Casariego se detiene a comentar de forma resumida los rasgos fundamentales de cada uno de los héroes y antihéroes que ha elegido. En lo que respecta al héroe, Casariego lo define, en su acepción tradicional, como «personaje virtuoso que ha realizado una hazaña admirable para lo que se requiere mucho valor» (8). Además, y ello me parece un gran acierto, nos muestra una gran variedad de rasgos propios del héroe. De este modo, nos habla incluso del héroe trágico de la épica: «Aquel que se distinguía por sus hazañas, símbolo destinado a perpetuar los sentimientos de un pueblo y transmisor de los valores del pasado» (8). En realidad, esa cualidad de distinguirse por sus hazañas es lo que hace que sean héroes y que sean únicos. En este sentido me viene a la mente Ortega y Gasset que consideraba la épica como la invención de seres únicos, de naturaleza heroica y que destacó que las figuras épicas son criaturas únicas y que sólo ha existido un Aquiles. Al mismo tiempo, es importante resaltar que Casariego ve el heroísmo —y en esto estoy plenamente de acuerdo— como una tarea social. Además, habla de la excelencia en la oratoria y el combate y de la jactancia como cualidades propias del héroe. También menciona la ilusión, según se puede ver en Héctor: «Y Héctor, de tremolante penacho, es el héroe de las ilusiones, aquel que, como muchos de nosotros, como el hombre común, se ve atrapado entre la ilusión y la propia incapacidad para la desilusión» (36). Pero aún va más lejos, y utilizando al personaje del Cid, nos muestra al héroe como un personaje visionario capaz de afrontar la suerte

adversa: «El Cid, en cambio, es un rebelde que se crece ante las circunstancias adversas: no acepta el destierro ni su condición de simple infanzón» (64). Además, es un héroe que se hace a sí mismo. En realidad, Casariego sabe que el héroe está «hecho» de una materia diferente que lo hace único y, sobre todo, lo hace ser héroe.

En cuanto al antihéroe, nos encontramos, tal y como lo define Casariego, con un «personaje que desempeña las funciones propias del héroe tradicional, pero que difiere en su apariencia y valores» (8). Fundamentalmente, tomando como ejemplo a Henry Fleming, debemos tener claro que el antihéroe carece de voluntad y, en este punto habría que destacar el hecho de que Casariego, de forma acertada, piense en Nietzsche, un detalle que considero de suma importancia, sobre todo porque Nietzsche —que era profundamente helenista, al igual que Saussure y Simon Dik— consideraba que el héroe trágico estaba acostumbrado al dolor y por ello sale a su encuentro. Pero Henry Fleming carece de voluntad. Por ello, considero que la mención a Nietzsche es muy acertada, aunque podía haber ido incluso más lejos y como ejemplo de determinación o de voluntad podría haber mencionado a Séneca que con su idea de que «la vida es milicia: vivir es guerrear» nos estaba mostrando lo que es la determinación. Tras esto, Casariego nos enseña una serie de rasgos propios del antihéroe que, como es de esperar, son las características contrarias al héroe. De este modo, cuando nos situamos ante Henry Fleming y Bartleby —como antihéroes que son— no nos podemos identificar con ellos, sino que sentimos compasión. Pero aquí no queda todo, porque Casariego nos hace ver que estos antihéroes han de justificar sus acciones, no son visionarios y, sobre todo, no son conscientes. En otras palabras, si el Cid era visionario, Henry Fleming carecía de dicha cualidad: «Ya no es un visionario, sino un conejo asustado» (78). Y vemos que si tanto el Cid como Héctor eran conscientes de sus actos, Henry Fleming no se da cuenta de que no es como los héroes arquetípicos que realizan conscientemente sus hazañas (81).

En definitiva, Casariego nos marca con gran exactitud las diferencias entre el héroe y el antihéroe, distinción que a mi entender hace de una manera muy racional. Al mismo tiempo, emplea un estilo que atrae al lector y, si nos detenemos en el contenido de la obra, creo que es de agradecer que se haya «preocupado» por Héctor. Como todos sabemos, en la época neoclásica los héroes más utilizados son Aquiles y Ajax, tal vez porque los dos se parecen mucho a los hombres, pero no sucede lo mismo con personajes como Héctor, y en este caso, de manera afortunada, Casariego no se ha olvidado de él. Otra idea que me gustaría destacar es que se subraya el hecho de que tanto héroes como antihéroes son inmortales: «Héctor, el Cid, Henry Fleming y Bartleby nos han permitido que les acompañemos por las páginas de este libro, aunque se hayan resistido a confesarnos todos sus secretos. Por algo son inmortales» (106). Es decir, no podemos dejar a un lado a un personaje por el mero hecho de que no sea un héroe, porque en la literatura, cada personaje, al igual que cada página o cada palabra, nos puede enseñar e, incluso, nos puede ayudar a evadirnos de la realidad. Estamos, pues, ante un estudio muy interesante y de notable factura, aunque en mi opinión debería haberse detenido un poco más en el contexto histórico de las obras y, sobre todo, en lo que es el mito. En cualquier caso, creo que hay que destacar que para el autor del estudio todo acercamiento a la literatura hay que hacerlo con amor, modestia, respeto y, sobre todo, con conocimiento de causa, tal y como el propio Casariego nos recuerda: «La lectura exige un esfuerzo, lo cual ayuda a mejorar entre otras nuestra capacidad de análisis, pero jamás debe suponer un martirio, pues se trata de crecer y disfrutar leyendo. Eso sí, si nos hemos documentado antes sobre la obra, podemos apreciarla y disfrutarla con mayor intensidad», y ello porque, paradójicamente, nuestras opiniones nos pueden convertir en héroes, pero también en antihéroes.

CHRISTIAN SANTANA HERNÁNDEZ  
Universidad de La Laguna